

Un sello en Antealtares

La mayoría de los peregrinos que llegan a la **Praza da Quintana** levantan la vista hacia la **fachada de la Catedral**. Pocos giran la cabeza hacia la zona de sombra, donde una calle estrecha se escurre pegada al muro como si no quisiera molestar. Ahí empieza **Antealtares**: unas cuantas casas, una reja discreta, una puerta que casi nunca está del todo abierta.

En la credencial del peregrino, sin embargo, el nombre pesa más de lo que parece: **“Monasterio de San Paio de Antealtares — Santiago de Compostela”**.

La idea de pasar por allí había empezado como un capricho de tinta:

“Ya que estoy, sello también en el monasterio.”

Pero acabó siendo una de esas escenas que se quedan dobladas entre las páginas, como una esquina marcada.

Era media mañana y la Quintana hervía de gente. Grupos con paraguas de colores, visitas guiadas, mochilas apoyadas en las escaleras. Bajé por el lado de la **Quintana de Muertos**, crucé a la zona de **Quintana de Vivos** y busqué el recodo donde el ruido disminuye de golpe.

Antealtares no impresiona por su tamaño. Es más bien la sensación de estar entrando en un sitio que nunca ha tenido prisa. Al fondo, casi escondida, la **fachada del monasterio benedictino**: piedra sobria, ventanas altas, una puerta con un pequeño timbre y un letrero sencillo que confirmaba que era allí donde se sellaban credenciales.

Toqué.

Un zumbido eléctrico y la cerradura cedió con un clic. Dentro, un pequeño zaguán blanco; al frente, una reja con visillo; a la derecha, una ventanilla mínima con una campanilla. Nada de mostradores, nada de tienda de recuerdos. Solo un mueble de madera y una silla.

Toqué la campanilla.

“Ding”.

Tardó un poco en aparecer. Una voz joven, pero gastada por el uso, contestó desde el otro lado del visillo:

—¿Sí?

—Buenos días... ¿Es aquí lo de las credenciales?

El visillo se movió apenas, lo justo para dejar pasar unos ojos:

—Sí. Un momento, por favor.

Sonó entonces algo que cualquier peregrino reconocería al segundo: el **“clac”** gomoso de un sello golpeando cartón. Uno, dos, tres golpes. Después, un ruido de papeles, cajones, cosas que se mueven sin mostrarse.

Pensé que habría más gente dentro, pero no se oían voces, solo pasos suaves y el eco pequeño de un claustro que debía de estar más allá.

La cortinilla se abrió un poco más y apareció un rostro: mujer de unos cuarenta y tantos, hábito oscuro, sonrisa tímida.

—Perdone la espera. ¿Viene solo?

—Sí. Camino Primitivo.

Asintió con una especie de respeto automático, como si esa ruta en concreto le supiera a otra época.

—¿Me deja la credencial?

Se la pasé por la ventanilla. La colocó con cuidado sobre el mueble, sacó un tampón de madera y un cojín de tinta. Hasta ahí, normal. El tampón llevaba grabado, según vi al trasluz, el motivo que había visto mil veces en fotos: **San Paio / monasterio / una referencia a Santiago**. Nada raro.

Pero no lo usó.

Lo dejó a un lado, abrió un cajón bajo el mostrador y sacó **otro sello**, más pequeño y gastado, con la madera algo oscurecida por los años. Lo sostuvo un momento en el aire, como dudando, y luego me miró de reojo.

—Hoy... si no le importa... le pondré este.

—¿Hay diferencia? —pregunté, curioso.

—Es... el sello viejo —dijo—. No lo usamos siempre. Pero a algunos peregrinos... —dejó la frase a medias—. A algunos les encaja más este.

No supe si reírme o sentirme observado.

—¿Y cómo sabe quiénes son “algunos”?

Ella bajó la mirada a la credencial:

—Los que llegan aquí después de haber pasado por el Salvador.

Me quedé quieto. No recordaba haber mencionado Oviedo, pero allí, en **una de las primeras filas de la credencial**, estaba claro: **Catedral de San Salvador de Oviedo, sellado hacía casi dos semanas al inicio del camino**. La frase antigua se me cruzó sola por la cabeza: *“Quien va a Santiago y no al Salvador...”*.

—Ah... —fue todo lo que dije.

Ella sonrió apenas, como si eso ya le confirmara algo.

—Este sello —explicó— lleva más tiempo haciendo camino que nosotras mismas. Vino con las monjas anteriores... y ellas decían que venía de mucho antes.

—¿Cómo de antes?

Alzó ligeramente los hombros.

—Aquí todo es de “mucho antes” —bromeó en voz baja—. Pero este, según cuentan, sigue un dibujo más antiguo. De cuando Antealtares miraba la tumba *desde encima* y no desde el lateral.

Su frase se quedó flotando. **Antealtares** significa literalmente “ante los altares”: delante del altar mayor donde se veneraba al Apóstol cuando Compostela aún era poco más que un conjunto de muros alrededor de una tumba. El primer monasterio —entonces de monjes— se fundó, según la tradición, para cuidar el altar apostólico y su liturgia.

—¿Quiere verlo? —preguntó, ya con el sello en la mano.

Lo giró despacio para que pudiera fijarme. No era el típico dibujo de fachada ni la clásica concha. En el círculo se adivinaba algo más esquemático: **un altar cuadrado**, dos figuras flanqueándolo —¿monjes?, ¿ángeles?— y, en pequeño, una cruz alzada sobre una especie de losa.

—Si lo inclino así, se ve mejor —dijo, girándolo ligeramente.

No era un diseño perfecto. Se notaba que el tiempo había comido bordes y líneas. Pero había algo en la composición que llamaba la atención: la cruz parecía descentrada, como buscando un punto que no era el medio exacto del altar.

—¿Y por qué no lo usan siempre? Es precioso.

La hermana dudó un segundo.

—Porque... no a todos les gusta —confesó al fin—. Hay quien quiere ver en la credencial la imagen que sale en internet, la misma que en las guías. Y hay quien... cuando ve este, pregunta demasiado.

—¿Demasiado?

—Demasiado para poder responderlo en ventanilla —sonrió—. Y tampoco es que nosotras tengamos todas las respuestas.

Le pedí que lo estampara igual. Quería ese sello, con sus imperfecciones, más que el oficial.

Colocó la credencial sobre el mueble, entintó el tampón viejo con un cuidado casi cariñoso, y estampó el golpe con una firmeza que no esperaba. **Clac**. Cuando retiró la mano, la impresión era nítida: altar, cruz, figuras, el nombre del monasterio alrededor.

Pero había algo más.

En la parte inferior del círculo, casi rozando el borde, se adivinaban unas **letras minúsculas**, tan comidas por el uso que costaba distinguirlas del ruido de tinta. Me acerqué un poco, entorné los ojos.

—¿Pone... algo aquí? —señalé—. Parece... “ubi”... “ubi altare...”

La monja se inclinó también, con gesto resignado, como quien ya sabe lo que está escrito pero no lo quiere decir demasiado alto.

—“Ubi altare erat” —recitó, despacio—. “Donde estuvo el altar”.

Tragué saliva.

—Eso no sale en la credencial de la Oficina del Peregrino —intenté aligerar.

—Ni falta que hace —respondió, con un punto de ironía amable—. Esas palabras son de aquí. Y pesan más hacia dentro que hacia fuera.

El silencio que siguió no fue incómodo. Entre nosotras, sobre el mueble, la credencial todavía húmeda parecía mirarnos. **Antealtares. Ubi altare erat.**

—¿Y... por qué lo ponen? —pregunté al fin—. ¿Es algún lema del monasterio o...?

Ella se quedó pensativa. Daba la impresión de estar eligiendo las palabras.

—Es... una memoria —dijo—. Este monasterio existía cuando el altar del Apóstol estaba en un sitio muy concreto. Hubo cambios, reformas... Concordias, como las llaman los papeles antiguos... —me miró de reojo—. A veces las piedras cambian de sitio, los altares se mueven, los retablos suben o bajan. Pero la memoria... la memoria no siempre se muda con ellos.

»Ese “ubi altare erat” es nuestra forma de recordar delante de quién cantábamos. Aunque ahora lo veamos desde otra puerta.

Sentí que algo en el estómago se me encogía un poco. Santiago es una ciudad donde cada esquina tiene varias capas de historia superpuestas. Pero pocas veces alguien te lo dice así de claro: el lugar más importante de la ciudad —el altar del Apóstol— **no ha estado siempre donde lo ves hoy.** Y hay gente que lo lleva grabado en un sello.

—¿Y quién lo decidió? —insistí—. Lo de incluir la frase.

La hermana sonrió con un gesto que no supe si era travesura o prudencia.

—Eso tendría que preguntárselo a las que ya no están. O a los papeles del archivo. Nosotras lo hemos heredado.

Se escucharon pasos al fondo y otra voz que llamaba por su nombre. Asintió hacia dentro, como diciendo “ya voy”.

—Perdone, tengo que dejarle —dijo—. Si quiere pasar un momento al claustro, puede doblar por la puerta de la derecha. Solo un ratito, por favor. Y... —se detuvo un segundo—, si alguna vez cuenta lo de este sello, diga también que es un simple trozo de goma. El resto ya es cosa de cada uno.

Asentí.

—Gracias. Por el sello... y por la frase.

—Buen Camino —respondió, y cerró la cortinilla.

El claustro de Antealtares huele a humedad vieja y a pan reciente. En una esquina, una pequeña tienda ofrece dulces de las monjas y algún libro. En el centro, un pozo tapado. Alrededor, las galerías con arcos, y por encima de todo, la presencia silenciosa de un cenobio que ha visto pasar reyes, Concordias, reformas, guerras, silencios.

Me apoyé en una columna, abrí la credencial y miré de nuevo el sello.

El altar diminuto. La cruz descentrada. Las dos figuras velando.

“Ubi altare erat”.

Pensé en todas las veces que había entrado en la Catedral por la Puerta Santa, por la de Platerías, por la del Obradoiro. En cómo damos por sentado que ese altar que vemos hoy ha sido siempre así, siempre ahí. En cómo, de vez en cuando, la historia deja migas de pan en lugares que parecen secundarios: un refrán en Oviedo, un sello en Antealtares, una inscripción casi borrada en la esquina de una credencial.

Antes de salir, volví a mirar hacia arriba. Desde el claustro no se ve la cúpula de la Catedral, pero se intuye. Entre la piedra del monasterio y la piedra de la basílica pasa algo que no sale en los folletos.

Que cada cual lo llame como quiera:

historia, memoria, misterio...

o simplemente **un sello que no dice todo, pero insinúa bastante**.

Guardé la credencial en el bolsillo interior de la chaqueta, ese que se reserva para lo que uno no quiere perder, y salí de nuevo a la luz de la Quintana. Los grupos seguían con sus paraguas, las cámaras seguían buscando la fachada principal.

Yo, sin embargo, tenía la sensación de haber estado un momento **delante de otro altar**. Uno de tinta, goma y silencio.

JORGE M. SABIO

Sabías que...

Antealtares no es solo “una iglesia más” pegada a la Catedral, aunque muchos peregrinos la cruzan casi sin mirarla mientras persiguen flechas amarillas o terrazas libres.

Antealtares es, en realidad, el corazón más antiguo del barrio sagrado de Compostela:

- El nombre viene de estar **“ante los altares”** de la primera iglesia construida sobre el sepulcro del Apóstol.

- Allí se levantó un pequeño monasterio benedictino (hoy **San Paio de Antealtares**) para custodiar el altar y el lugar del descubrimiento, por mandato —según la tradición— del rey **Alfonso II** tras la “inventio” del sepulcro.
- Con el tiempo, los monjes de Antealtares y el cabildo de la Catedral discutieron —cómo no— por quién mandaba sobre el altar, las reliquias y las ofrendas. De ese tira y afloja nació en 1077 la famosa **Concordia de Antealtares**, un acuerdo escrito que reparte papeles, rentas y competencias. Si hoy quisiéramos hacer una serie, sería más “política eclesiástica” que “acción y espada”.

Hoy, cuando te sientas en la **Praza de Antealtares** con un café o pasas camino del Obradoiro, estás justo en la zona donde **empezó a organizarse “oficialmente” todo este lío jacobeo**: quién cuida el altar, quién acoge a los peregrinos, quién administra qué.

El sello de Antealtares que aparece en el relato no es ningún invento raro: muchos caminantes sellan ahí la credencial sin saber que, bajo esa tinta húmeda, hay más de mil años de negociaciones, rezos y contabilidad fina alrededor del Apóstol.

La próxima vez que pases por esa plaza pequeña, siéntate un minuto, mira la fachada del monasterio de San Paio y piensa:

“Aquí no solo se rezaba; aquí se decidía cómo se contaba la historia de Santiago al mundo.”